

y su arrojo, efecto de su alteza moral y de su noble espíritu de sacrificio, dió ejemplo de cívica energía a los hombres, que nunca podremos olvidar. Nos hace falta la cooperación de la mujer en las tareas activas de la vida pública, en la lucha anti-alcohólica, en la persecución de los vicios que envilecen a la sociedad. Ellas ponen en todas sus empresas su gran desinterés, su pasión idealista y purificadora, su alma brillante ansiosa de altas finalidades, su recto sentido, tan serio y bien intencionado.

En la República se cuentan hoy no menos de cien mil votantes. En las últimas elecciones sólo la mitad de éstos se presentó a las urnas, no obstante el entusiasmo nunca visto que despertaron en el país la caída del despotismo y la bandera de la libertad. Entonces, señores, que vengan las mujeres a ocupar el puesto que los hombres abandonan, que vengan las mujeres a avivar la llama que se apaga del más sagrado de los deberes populares; y si es el analfabetismo o los efectos perniciosos de la intemperancia lo que inferioriza a tan considerable número de ciudadanos, que vengan las mujeres, más doctas en ocasiones y más sobrias, y por lo mismo más legítimas dueñas de ese derecho de votar.

* * *

A vosotros y a mí, señores diputados, nos toca un período de muy graves dificultades. Nuestra población de poco más de medio millón de habitantes, a más de paz y libertad, necesita salud corporal. Tenemos que combatir por todos los medios el alcoholismo, que se opone a todo ideal de grandeza y de cultura; la vagancia, que es lepra humillante de una sociedad; la avariosis, que mina sin tregua la arquitectura física de nuestra raza y aun tiene la culpa de infinitas lesiones de carácter mental.

Esa población de poco más de 500,000 habitantes, debe ser feliz, a despecho de todos los pesimismos; es exigua, es igual a la de una ciudad de segundo orden de los Estados Unidos de Norte América. ¿Cómo puede ser que ostentemos, siendo jóvenes, muchas de las lacras de las viejas y populosas naciones? ¿Cómo es que no somos una agrupación humana que siente intensamente la alegría sana de la vida, el estímulo vivificador del trabajo, los goces que da la riqueza bien adquirida y mejor repartida, la satisfacción que produce la colaboración de todos en la obra común? ¿Qué se opone a que seamos un país como Nueva Zelanda, si la tierra ubérrima nos sonríe, si la geografía nos coloca en el centro del mundo, si la guerra ni remotamente nos asusta con sus fantasmas de destrucción y de horror?

He venido al poder entre las ondas de un movimiento amplio, poderoso, irresistible, de abajo para arriba, que abarcó todas las clases sociales, todas las opiniones políticas y todas las creencias religiosas. Por lo mismo, reclamo el concurso y la simpatía de mis conciudadanos, desde los más humildes hasta los más expertos varones que en los días felices, y en distintas esferas, tuvieron a su cargo el manejo del Estado.

Los tiempos ya no son los mismos: las deudas nos oprimen como los anillos de una serpiente gigantesca; el desequilibrio de las rentas se acentúa sin cesar; las codicias rompen los diques de lo lícito, en lo grande y en lo pequeño, y quieren abalanzarse sobre los bienes nacionales, después que rompió todos los respetos y pisoteó todos los escrúpulos un régimen abominable; la crisis que agita al mundo no ha llegado todavía a su cúspide; el país se desmoraliza; andamos sin brújula, y todos los problemas están en pie.

Yo tengo fe inquebrantable en el porvenir de Costa Rica y en el caudal de recias energías que se mueve en el fondo del alma nacional. Pero llamo al pueblo a la concordia y al trabajo; pero toco a las puertas de todos par: que todos acudan con su óbolo de buena voluntad: que los obreros hagan cuanto esté de su parte para que

junto con el reclamo de sus derechos se apresten al cumplimiento de sus deberes individuales y sociales, como corresponde a una comunidad bien organizada; que los hombres del capital abarquen con claridad los contornos de la edad que alborea, para que así no los coja de sorpresa la luz del nuevo día; que las mujeres se preparen más seriamente para más altos destinos; que los aldeanos regresen a la holgura campesina, fuente de paz, y no quemem sus alas ingenuas en la llama de las ciudades; que los jóvenes erijan ante sus ojos ideales de honor y de belleza y se propongan solemnemente consagrarles su entera devoción.

Señores Diputados, cumplir y hacer cumplir fielmente las leyes de la República, velar por la integridad de la patria, ensanchar el campo de la actividad nacional, ése será mi programa de gobierno. Sé que vosotros llegaréis a este recinto animados de iguales propósitos y que lo llenaréis, no precisamente con el ruido de estériles discusiones, sino con la honrada serenidad de vuestras almas. Que así sea y que la Providencia nos inspire.

Julio Alcosta

CONTESTACION del señor Presidente del Congreso Constitucional al Mensaje del señor Presidente de la República, el 8 de mayo de 1920.

Señor Presidente de la República:

Señor Presidente del Tribunal Supremo de Justicia:

Señores Diputados:

La era que hoy iniciamos,—tan próxima al centenario de nuestra independencia,—exige reparar los pilares del edificio social, reafirmando las bases de pura democracia en que se asienta la República. Por causas que todos conocemos se han corrompido las instituciones, se ha descuidado el austero cumplimiento del deber, se ha relajado el sentimiento del honor, y ya no hay confianza en la palabra empeñada, en la sinceridad de los hombres, ni en el desinterés de sus acciones: la adulación cortesana, la vanidad presuntuosa, el nepotismo, nublaron los ojos del Gobernante, mientras que el peculado, el fraude y la concupiscencia realizaban su obra corrosiva: estamos en un momento decisivo que nos impone una penosa tarea reconstructora; volvamos los ojos a nuestros antepasados, y renovando su sencillez, su pureza, su encendido patriotismo, edifiquemos la nueva patria,—libre y grande,—que hemos de legar a nuestros hijos.

* * *

El porvenir económico del país es risueño: por todas partes se siente el rebullir de fuerzas que sólo aguardan ambiente propicio para manifestarse. La ley del progreso, acelerado o lento, encontrará en nosotros cumplida ejecución y el brillante programa de gobierno que acabamos de escuchar, fruto sin duda del perfecto conocimiento de nuestras necesidades y de los medios de que disponemos para satisfacerlas, está lleno de halagüeñas promesas que llevarán estímulo y confianza a todo el organismo social.

* * *

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL se complace en ofrecer el homenaje de su profundo respeto a la Corte Suprema de Justicia, instalada ya mediante el juramento que sus Magistrados acaban de prestar.—Vuestro presti-